

Prólogo  
Crítica de la mediación social. Teoría y  
práctica de un naufragio anunciado

*Francisco Sierra Caballero*

Presidente de la Unión Latina de Economía Política de la  
Información, la Comunicación y la Cultura, ULEPICC.

**E**n su segunda acepción, la Real Academia Española de la Lengua define *impostura* como fingimiento o engaño con apariencia de verdad. Esta lógica no es exclusiva del universo mercantil que se cultiva en los medios. Afecta sobremanera a la propia actividad académica en un tiempo, como alerta Noam Chomsky, en el que las universidades han sufrido el asalto neoliberal del reino figurado de la mercancía con todos los fetiches habidos y por haber. Y ello en buena medida porque la cultura digital es una cultura del «postureo». La revolución telemática que determina hoy el modo de hacer y pensar nuestro oficio es, de acuerdo con Michel Serres, la alteración de posición y postura de los *prosumidores*. Y por ende de los propios estudiosos de los fenómenos de la información y la comunicación. De ahí que, en la era Trump de los *fake news*, la crítica de la crítica resulte a todas luces más que oportuna cuando se nos plantea, en la academia, la legitimación de un discurso que, por princi-

pio, participa de la espiral del disimulo inmersa como está en la cultura de la posverdad. Nada nuevo bajo el sol. Hace casi un siglo Orwell vindicaba la verdad como un acto revolucionario. Y hoy parece necesario recordar sus palabras para entender las derivas de un campo sujeto a tensiones y celeridades propias de una competición sin sentido. Así, en nuestro tiempo, el rumor, la incertidumbre e inexactitud han impuesto como norma el pensamiento débil consustancial al modelo de acumulación flexible del turbocapitalismo en el que el entretenimiento es seguir la apariencia de los hechos en función de una estructural disonancia cognitiva. El resultado de esta lógica es el odio a la crítica fundada, el rechazo del conocimiento consistente e incluso, más allá, el desapego y desafección hacia las instituciones académicas en virtud de un populismo mal entendido que, desde la tradición sociocrítica, resulta del todo inaceptable como posición irracionalista. En el trasfondo de esta deriva existe una clara voluntad de tomar como definitivo el asalto a la razón y, como resultado, garantizar la renuncia de la conciencia a todo proyecto emancipatorio. Por ello, un síntoma revelador de las lógicas imposturas de nuestro tiempo es la renuncia a la perspectiva histórica.

Ahora bien, en ciencias sociales, parafraseando a Mattelart, solo es científico, elaborador de una verdad, «un método que surja de una situación histórico política determinada y que verifique sus conclusiones en una práctica social acorde con las proposiciones histórico-políticas en las que se pretende inscribirlas» (Zarowsky, 2007: 21). Desde una filosofía de la praxis, sabemos que no hay conocimiento sin me-

diación social. La práctica teórica es siempre objeto de sobredeterminación. Más aún cuando en tiempos como hoy se ha producido una transformación estructural del proceso de producción y socialización del saber social necesario al mudar las condiciones materiales, la infraestructura y tecnología de acceso al conocimiento, así como la función social de la investigación. Esta ha ampliado su alcance y ámbito de actuación merced a las continuas conexiones y entrecruzamientos, con lecturas hipertextuales, aprendizajes colaborativos y prácticas creativas de consumo en las redes ubicuas de interrelación social que signan o atribuyen a la función intelectual nuevos roles y condiciones. El ensayo que tiene el lector en sus manos ilustra hasta qué punto las lógicas tardocapitalistas de cooptación y control del pensamiento libre, la determinación de la forma-pensamiento de la escritura académica, han sido alteradas al albor de las nuevas lógicas de reproducción social en el llamado capitalismo cognitivo. La diferencia con otros ejercicios de metainvestigación en el propio campo de conocimiento de este libro es lo que los autores establecen, por principio, a nivel de la epistemología y el análisis de la referencia. Destacan así el problema de fondo que late sobre la renuncia al espíritu crítico heredado de la ilustración: la imposición en nuestras universidades, con la lógica de la impostura del dominio, de una cultura de investigación que procura no preguntar las cuestiones decisivas, no escuchar a los interlocutores y pares de la comunidad y, en suma, evitar pensar fuera de las normas de lo decible y aceptable según el orden reinante. En

nuestro tiempo, se ha reemplazado así la interpretación de la comunicación por la glosa y el comentario renunciando, por principio, a la voluntad de transformación del mundo que habitamos. El comunicólogo hoy confunde lo evidente con lo sustancial, la epidermis social con la esencia de los fenómenos que estudia, y lo urgente con lo necesario en menoscabo de las preguntas intempestivas, la propia formulación teórica y la voluntad de interpelación, sometido como está por la urgencia de un estéril productivismo y un entorno colonizado por la tecnología y las políticas científico-técnicas neopositivistas a una forma de práctica teórica marcada por la inusitada fascinación propia de las fantasías electrónicas criticadas por Vincent Mosco hace más de tres décadas.

Las formas culturales disruptivas de la economía digital dan cuenta así de una nueva lógica de la mediación social y del valor que afecta sobremanera al trabajo intelectual. Primero por la temporalidad y financiarización intensiva de la economía. El salto cualitativo que experimenta el capitalismo, de acuerdo con Deleuze, ya no es solamente material sino también formal y cultural, y tiene en la imagen un campo de problematización, siguiendo con las aportaciones de Marx en torno al fetichismo de la mercancía, en cuanto que esta relación es una relación reflexiva indirecta. En este nuevo marco, la influencia del pensamiento administrativo ha llegado a tal grado que la mayoría de los investigadores ignora el proceso de determinación que condiciona su práctica académica, tanto en la selección de las agendas y objetos de estudio como en el diseño metodológico y los marcos conceptuales

de comprensión del fenómeno de la comunicación como problema.

Ahora bien, si en el llamado capitalismo cognitivo se fragmentan los cronotopos y la atención se expande, proliferando soportes, espacios y experiencias singulares que rompen con la linealidad y alteran el ecosistema cultural del mundo del trabajo y del consumo, tanto como el propio ámbito académico, parece lógico reconocer la pertinencia de problematizar la mediación social de la ciencia comunicológica. La nueva economía política de los bienes comunes en la era de la información plantea, por ejemplo, el problema de las reglas prácticas que permiten reproducir los recursos compartidos y, como señalamos, las formas institucionales de organización del conocimiento. Todo un reto que viene apuntándose en los estudios económicos desde la perspectiva neoclásica y que, curiosamente, salvo gloriosas excepciones, no se impugnan y se aceptan acríticamente como un proceso natural. Esta constatación tiene sin embargo raíces históricas y económico-políticas. A partir de Machlup, por ejemplo, la economía neoclásica reconoce en la información, los recursos cognitivos y educacionales, factores estratégicos de competitividad y de crecimiento. Ello exige problematizar el *General Intellect*. La teoría de redes de valor ilustra, por poner un caso, que cuanto más se socializa el conocimiento más valor adquiere este. Ahora, «no es la naturaleza del conocimiento lo que hace que sea productivo, sino las reglas jurídicas y las normas sociales que garantizan o no su extensión y su fecundidad» (Laval y Dardot, 2015: 185). La organización implica, en el caso de la disputa por el

código, una irreductible contradicción o tensión dialéctica entre lo material y lo inmaterial, en el fondo, como argumentara Castoriadis, básicamente política. Podemos hablar de

una doble articulación del lenguaje de los objetos, según Echeverría, definida por una articulación material insuperable, y una creación libre de formas, y, en ese nivel, una suerte de relación inversamente proporcional entre la materialidad del objeto y su carga semiótica: en uno de los extremos, la palabra, vaporosa, casi inmaterial y dotada de una poderosa capacidad de semiosis; en el otro, la maquinaria industrial, maciza, densa, hierática y casi inexpresiva (Moraña, 2014: 147).

En otras palabras, las relaciones no solo son imaginarias, ideales, sino también, y sobre todo, producto de la experiencia mediatizada por intereses, por poder, situación y desigual posición de observancia en la definición de todo campo, también el campo de conocimiento de la comunicación. Pues no hay pensamiento sin acción, sin contexto ni performatividad. Por lo que, como enseñara Gramsci, no es posible pensar fuera, no es posible el mito de la exterioridad. Toda narrativa, también el discurso científico, es una forma de cavar trincheras. Por ello, analizar los problemas contemporáneos con criterio, de forma integral y perspectiva histórica, nos remite inexorablemente, en términos de teoría del campo de Bourdieu, a una determinada posición. Esto es, como advertía Mandel, que no debemos desconectar

la historia por arriba con las estructuras de dominación de la historia por abajo y las formas concretas y particulares de articulación, en nuestro caso de la comunicología como campo de conocimiento social. La brecha entre cultura y política, entre pensamiento y acción, que trata de eludir la indisoluble articulación de teoría y praxis por la general influencia de una posmodernidad acrítica, es uno de los síntomas, a nuestro juicio, de la notoria carencia de reflexividad en la producción científica de nuestro ámbito. De ahí que resulte prioritario comenzar a transitar el camino perdido de la voluntad emancipadora del juicio de la razón como fundamento, empezando por la asunción de algunas tesis sobre capitalismo cognitivo que cabe advertir con la mediación social general de la lógica de valor que hoy permea, incide y condiciona la práctica teórica de un sujeto del trabajo intelectual, objeto, indudablemente, al mismo tiempo, de un proceso de captura y subsunción sin antecedentes en la era del capitalismo industrial. Considerar esta idea es un primer paso para, a nivel metateórico, discutir la realidad particular, observable en lo concreto de nuestro entorno, de la investigación en comunicación, aquí y ahora. Si, de acuerdo con Carlos Mangone, analizamos los encuentros de Felafacs y Alaic, por ejemplo, se puede observar un evidente desplazamiento temático, a discutir, con «la caída del espíritu crítico y, sobre todo, el abandono de una intervención político intelectual que había distinguido a las disciplinas en los años sesenta y setenta, cuando debía ganarse un lugar en las ciencias sociales de la región» (Mangone, 2007: 1).

*La impostura crítica. Desventuras de la investigación en comunicación* es una provocación, en el sentido etimológico del término, que nos obliga a cuestionar tal deriva, tratando de pensar las mediaciones que han jalonado la historia de la ideas en comunicación a nivel regional considerando la *unidad del discurso crítico materialista* para un develamiento de la compleja opacidad y la falsa transparencia que hoy impera en nuestras rutinas investigadoras, notoriamente afectadas por una práctica teórica y escritural, por un modo de pensar y hacer comunicología sujeta a las nuevas condiciones de producción del saber social necesario que impone la nueva norma de subsunción del trabajo intelectual. Un ejercicio, si me permiten los autores, claramente arriesgado, en los tiempos que corren, y sobre todo pertinente en la medida que vindica la potencia creativa de la productividad epistemológica de lo político desde la militancia y el compromiso histórico, nada más y nada menos que desde Chile, paradigma de ese asedio que vivió, vive y está sufriendo la universidad por el cercamiento que impone el relato absolutista del ordoliberalismo. De ahí el valor y relevancia de este ensayo que, como no podía ser de otro modo, nace en la prestigiosa escuela de la Universidad de Chile y su Instituto de Comunicación e Imagen, donde, en medio de las cerrazones y lógicas de captura del pensamiento por los misioneros del capitalismo corporativo, sigue manteniéndose vivo el espíritu crítico y, con todas las contingencias propias de la doctrina del shock, logran hacer florecer el necesario principio de esperanza.



Sabemos, bien es cierto, que hoy asistimos a un cambio del modelo de explotación capitalista orientado por la lógica privativa que amenaza con arruinar el saber, la academia, y la propia capacidad de reproducción de nuestra sociedad, en la era de la lucha por el código. Pues ninguna sociedad puede reproducirse si no comparte un mínimo repertorio de conocimiento en común. El cuerpo social exige conocimiento, científico o no, distribuido. El grado de socialización condiciona la dinámica histórica. Por ello, las tesis críticas aquí expuestas no solo son una lección para revisar el estado del arte de la escuela crítica en la región. Los análisis de contenido y la crítica de la mediación social de la ciencia comunicológica que exponen sus autores resultan ser de obligada consulta y reflexión al situar el reto de la relación ciencia/sociedad desde nuevas matrices y fundamentos para la crítica consciente y transformadora.

La historia y sociología de la ciencia ilustra las complejas y profundas relaciones intrincadas entre práctica académica y procesos productivos, culturales y geopolíticos que son innegables y que deben ser problematizadas especialmente en la llamada Sociedad del Conocimiento. De acuerdo con Boltanski,

[...] la distinción entre el mundo y una realidad construida mediante estructuras dadas que permitan estabilizarlo representa un elemento crítico esencial en el régimen de dominación característico de las democracias capitalistas. Este régimen se fundamenta en la (ciencia y la) técnica. Lo que caracteriza al mundo es ser lo que es y no poder ser de otro modo.

Pero es en esta única diferencia esencial la que, precisamente, distingue al mundo de la realidad; un mundo que no conocemos y que no podemos pretender conocer desde un enfoque totalizador. Ahora bien, en la metafísica política que subyace a esta forma de dominación, el mundo es precisamente lo que podemos conocer ahora, a través del poder de la ciencia, es decir, de manera indisoluble de las ciencias naturales y las ciencias sociales o humanas (Jensen, 2015).

Es habitual en nuestro tiempo justificar esta dicotomía para instaurar una suerte de investigación administrativa al servicio del mercado. En este sentido, el neopositivismo hegemónico, hoy imperante, campa por sus fueros con la paulatina extensión de la lógica de la propiedad privada y la mercantilización de la ciencia de forma acrítica, al aislar el quehacer intelectual del contexto de referencia. Más aún cuando, como hemos dicho, citando a Chomsky, hoy la universidad ha sufrido el asalto del neoliberalismo. Así, la imposición del *copyright* en las políticas de ciencia y tecnología es un hecho, mientras se extienden las diversas formas de restricción de los accesos al conocimiento de dominio público. Ello se ha traducido en una *commodification* bajo hegemonía de grandes corporaciones en el proceso de producción y reproducción del saber. Esta lógica se inicia en Estados Unidos, con especial intensidad a partir de los años ochenta, durante la administración Reagan, si bien ya una década antes, la del derrocamiento de la Unidad Popular, en los años setenta, se observa:

[...] la extensión de la aplicación de las patentes a dominios nuevos, en particular el de las artes, las letras y en general la creación, pero también en el de la vida. Procedimientos comerciales, programas informáticos, sustancias contenidas en las plantas, pueden ser ahora objeto de patentes mediante una asimilación del descubrimiento científico a la invención comercializable. Igualmente, los derechos de los propietarios de patentes han sido reforzados, tanto a nivel nacional como internacional, y su duración se ha extendido (Laval y Dardot, 2015: 131-132).

En este marco, la comunicología precisa definir una agenda común sobre tales cuestiones, reconociendo la centralidad de la subsunción del trabajo intelectual. Si los procesos de acumulación por desposesión es una característica del modo contemporáneo de explotación capitalista, discutir los sistemas de propiedad intelectual y sus efectos en el conjunto de las industrias culturales y sistemas de información y conocimiento se torna, desde este punto de vista, una prioridad estratégica que, para el caso, apunta la necesidad de repensar las formas de determinación del trabajo creativo, la jerarquización de los discursos científicos y las autorías con las que hoy se encubren desigualdades de la división internacional del trabajo intelectual entre el norte y el sur globales, o problemas concretos como la centralización y el oligopolio de las plataformas de divulgación científica basadas en criterios típicos de un diagrama en el que se valora un tipo de rentabilidad ajena a la producción de nuevo conocimiento, o incluso la estigmatización de determinados campos de saber dentro de las disciplinas por su baja rentabi-

lidad económica. La politización de la *decolonialidad* proyecta en esta línea un programa de trabajo a discutir partiendo del principio de apertura de espacios de cooperación y apropiación del conocimiento comunicacional en función de los cambios en la producción académica determinada por la relevancia de lo virtual sobre lo presencial y de la centralidad de la mediación social de la ciencia. En esta línea, discutir los sistemas de propiedad intelectual y sus lógicas estructurales, en su afectación a las prácticas concretas de investigación de los profesionales del campo, se torna una cuestión neurálgica por la radicalización creciente del sistema de apropiación del conocimiento que, con otros tipos de mecanismos regulatorios, se impone con fuerza a través de diferentes escenarios, desde las negociaciones político-económicas supranacionales hasta las agendas políticas que prefiguran la promoción de modos de vida precarios y flexibles entre los profesionales de la educación y la investigación social. En estos contradictorios procesos radica la lucha en común que hemos venido proponiendo desde Ulepicc ([www.ulepicc.org](http://www.ulepicc.org)) en contra de los monopolios artificiales sobre bienes materiales e inmateriales, en pro de un biosocialismo de los bienes de información y conocimiento de código compartido.

El desplazamiento del eje de acumulación del capitalismo global, desde el capitalismo industrial fordista al capitalismo postfordista en el que, a más de la explotación de la fuerza del trabajo física e intelectual, se produce la subsunción total de la vida, transformando la actividad relacional y las actividades sociales digitales en relaciones económicas y productivas, sitúan el

reto de repensar el trabajo inmaterial, las industrias y los bienes culturales de producción y reproducción simbólica, como un reto para la comunicología, concebida como ciencia aplicada de lo común, como conocimiento abierto, más allá del fetichismo tecnológico y las fantasías electrónicas habituales en nuestro campo. El desarrollo exponencial de los sistemas de información y conocimiento plantea de hecho, se ignore o no, nuevas problemáticas en materia de economía social del conocimiento comunicológico que debe ser objeto de consideración por la propia comunidad académica, no solo por las implicaciones geopolíticas que tiene para el desarrollo, sino por el propio sentido social de la práctica investigadora en el marco del nuevo espíritu del capitalismo. Son, de hecho, ya conocidas las consecuencias del proceso de captura y acomodamiento de la investigación comunicacional en países como Chile o España, comenzando por el reinado del pensamiento débil y la vulnerabilidad del investigador derivada de la lógica del *dumping*, la publicidad engañosa, los desequilibrios y la concentración de poder en el campo del conocimiento, que hoy dibuja un escenario no habitable para la concepción de servicio público de la investigación en el ámbito académico; y continuando con la colonización del modelo de organización de las universidades y la comunidad académica en tiempos de ausencia de conciencia por exigencias del libre comercio, que amenaza la propia posibilidad del trabajo científico.

Al respecto cabe recordar que la ciencia cercada ataca el principio comunitario consustancial a la naturaleza del trabajo intelectual, en la medida que rom-

pe la necesaria lógica de reciprocidad inherente a la idea moderna de comunidad académica. Lo común, del latín *munus*, exige prestaciones y contraprestaciones, deuda y don, deber y reconocimiento en una cooperación productiva de intercambio que, cuando se bloquea —por ejemplo, imponiendo la lógica de la repetición frente a la creatividad, o directamente limitando el debate y deliberación entre pares— impide el progreso general del conocimiento. En otras palabras, no puede haber puesta en común si los accesos son restringidos, ni representatividad pública de la ciencia si esta queda cercada por oligopolios comerciales. Esto es, el imperio de la mercantilización de la ciencia anula toda *coobligación* que da consistencia a la comunidad científica y a la cultura académica de *inter pares*. En el paso de la cooperación a la competencia, tal dinámica está, como consecuencia, incidiendo en problemas agravados sobre la renta tecnológica y la mutación institucional de la universidad, sometida a normas reglamentarias que se derivan de acuerdos de libre comercio con los que se restringen las libertades de la actividad creativa de los profesionales de la enseñanza y la investigación. Frente a esta lógica, hoy dominante en la ciencia, reivindicar el conocimiento abierto no es otra cosa que reconocer la existencia de un campo de disputa y lucha epistemológica a partir de las preguntas intempestivas que toda teoría crítica ha de afrontar en esta línea, a saber: conocer *qué*, para *quién*, desde *dónde*.

Si bien el neoliberalismo ha tendido a ocultar lo que *de facto* es un hecho, son evidentes las homologías y conexiones existentes entre sistema productivo

y sistema de ciencia y tecnología, en la era del capitalismo cognitivo. Así, la comunicología, al igual que cualquier otro campo social de conocimiento, no puede eludir estas preguntas fundamentales, salvo renunciando a un principio consustancial a la razón: la reflexividad. De ahí que la crítica teórica sobre el quehacer de la investigación pase por una mediación reflexiva entre actividad productiva y formación del talento humano, haciendo real la potencia transformadora del saber de la disciplina del capital a la autodisciplina de la fuerza creativa. No otra cosa es la emancipación que, como explicara Castoriadis, se relaciona con el permanente afán de autosuperación, y que en política pública la dirección económica, política y cultural, debería significar el paso:

- De la fuga de cerebros a la acumulación de talento y capital cognitivo.
- De la escuela privada y de pocos a la educación para todos.
- Del conocimiento cercado al saber concebido como bien común.
- De la penuria y economía del conocimiento basada en la escasez a la excelencia como valor compartido.
- De la educación instrumental a la educación innovadora.
- De la maximización de ganancias y la lógica del lucro (hoy cuestionada como modelo en Chile) a la socialización de saberes.
- De la universidad fábrica social fordista a la economía social del conocimiento.
- De la universidad reproductiva de saberes muer-

tos a la universidad viva y transformadora de educación para el cambio social.

—Y del I+D+i a la agenda de Investigación Responsable, el Emprendizaje Social y Solidario y la Innovación (IR+ESS+IS).

De acuerdo a esta filosofía, la vindicación de la comunicología abierta no es en otro sentido sino la apuesta por una transición del trabajo muerto y los paraísos fiscales al trabajo vivo, a la educación como espacio de construcción, en el paso de lo individual a lo social-colectivo y de lo privado a lo público comunitario. Un ejercicio de reflexividad crítica que los autores del libro tienen el mérito de asumir y desplegar deconstruyendo la impostura de una cultura de la cita que entre el culturalismo y el cultismo termina por resultar *híster*, en su clasismo y en su ausencia de clasicismo.

En el trasfondo de este esfuerzo de develamiento está la crítica, implícita, a la función actual del pensador o intelectual, a la práctica teórica del modo de análisis contemporáneo de las mediaciones. La cultura y el modo de producción del capitalismo cognitivo, tal y como explica Jameson, se han fusionado produciendo la subsunción del trabajo intelectual bajo las exigencias neopragmáticas de circulación en una suerte de tiempo pseudocíclico del que la comunidad académica es poco consciente, pese a la afectación inmediata sobre su trabajo. Los organismos nacionales e internacionales de ciencia y tecnología imponen así el dogma fundamentalista del neopositivismo, la razón de la existencia constatada de un orden inmutable al



cual están sometidos todos los acontecimientos, incluidas las agendas, métodos y preguntas aceptables por hacer en investigación social. En este escenario, el reto del pensamiento crítico pasa por reconocer tal lógica para, desde una posición antagonista, definir otras maneras y formas de interlocución distintas a la forma dominante de captura que impera hoy en la academia. Eludir este compromiso intelectual es negar la dimensión constitutiva esencial de toda obra o pensamiento, cuando no idealizar la llamada sociedad cognitiva. Por ello resulta necesario, primero y antes que nada, repensar las mediaciones que atraviesan y definen en la actual fase de desarrollo histórico el llamado capitalismo cognitivo, inclusive si hablamos de producción y difusión del conocimiento o en términos estrictamente académicos. Pues, ciertamente, el mundo ha cambiado y con él el sentido, condiciones materiales y dinámica de la escritura y producción en sí del saber social validable. Nuestra actividad intelectual vive una profunda mutación y exige en lógica coherencia ser objeto de consideración a profundidad para dar respuesta a los retos civilizatorios que vive la humanidad. Con este afán, el presente libro trata de reflexionar sobre la creación intelectual y la comunicología en su actual deriva ante los nuevos cercamientos que median la actividad científica por los diferentes regímenes de propiedad en los cuales nos movemos, poniendo en escena las discusiones clave, buscando *deconstruir* y descolonizar los escenarios en los que se debaten y se imponen estas agendas en la práctica concreta de investigación, dentro y fuera de nuestras universidades, a fin de promover una concepción otra

de la comunicología, en la lucha por el código, esto es, en la disputa por una práctica académica, política y social en defensa de una economía social del conocimiento y de los bienes comunes frente a agendas, políticas científicas y dispositivos de difusión que cercan y limitan la creación intelectual por la exigencia de acumulación y valorización capitalista. En particular, si bien es cierto que la determinación y naturaleza contingente de toda producción de conocimiento social es hoy notoriamente superior a otras etapas históricas, por el paulatino proceso de industrialización que envuelve en nuestro tiempo la tarea de pensar en un sistema de ciencia y tecnología crecientemente colonizado por la lógica abstrusa de valorización, no menos cierto es que se perciben hoy graves problemas ordinarios que deben ser abordados en términos de sociología del conocimiento, específicamente desde la crítica de la ideología, en el sentido de tratar de problematizar las nuevas formas de *práctica teórica* en los contextos histórico-culturales contemporáneos desde el punto de vista, en el sentido benjaminiano, del *sensorium* del actual modo de información que impone el capitalismo cognitivo.

En este contexto, numerosas son las cuestiones a pensar y definir desde un enfoque sociocrítico, a saber:

- El estudio de las formas de la subsunción del trabajo académico en la comunicología por el capitalismo cognitivo contemporáneo.
- El análisis de las políticas públicas del sistema de ciencia y tecnología y las nuevas formas de neocolonialismo comunicacional.

- La imposición de nuevas gramáticas en la escritura académica.
- Las contradicciones de la difusión del pensamiento comunicacional y los límites al desarrollo científico que imponen los oligopolios del conocimiento.
- La crítica teórico-metodológica de los sistemas de indicadores de impacto y sociometría como cercamiento del trabajo creativo.
- La problematización del derecho de propiedad intelectual y la defensa de sistemas de acceso libre para una comunicología abierta.
- La investigación de las formas de institucionalidad favorables a una economía de los bienes comunes del conocimiento comunicacional y la democratización de la práctica científica.
- O la transdisciplinariedad que las humanidades digitales y los modos de investigación en red, mediados tecnológicamente, introducen a modo de nueva cultura o estilo de investigación al nuevo sujeto cualificado del conocimiento.

El libro cuya lectura inicia ahora no tiene por cometido, ni objeto, tratar estas y otras cuestiones sustanciales. La asunción de tales retos teóricos, hoy por hoy, no aparecen, por lo general, en la agenda de trabajo de grupos e investigadores regionales. Antes bien, son temas marginales e invisibilizados en las publicaciones, pese a la creciente conciencia de los trabajadores intelectuales sobre la importancia y centralidad que adquieren tales problemas de forma ordinaria en el trabajo académico. En parte,

tales cuestionamientos tienen lugar en un contexto estructuralmente hiperconcentrado y bajo el dominio del relato neoliberal. Lo verdaderamente importante del trabajo que nos entregan nuestros colegas de Chile es agitar el debate académico regional poniendo en evidencia lo que todos callan, omiten o eluden discutir: la irrelevancia y subalternidad de los estudios en comunicación y la renuncia a la tradición del paradigma de la liberación en la evolución de la comunicología latinoamericana. De hecho, es observable cómo es común negar la dimensión cultural consustancial a todo proceso de mediación social del conocimiento, para validar, como trasfondo, la filosofía TINA (*There Is No Alternative*) en las formas de producción y transmisión del conocimiento, del mismo modo que, obviamente, en los contenidos curriculares de la enseñanza. Como resultado, la universidad naufraga en la deriva de la lógica mercantil presa de:

- La formalización administrativa y su racionalidad burocrática.
- La política científica mercantil y cortoplacista.
- El ilusionismo determinista del fetichismo tecnológico.
- La regulación de los oligopolios externos que cercan el conocimiento socialmente disponible (Thomson Reuters, Elsevier, etc. . . .).
- La crítica de la razón ilustrada.
- El neodifusionismo positivista.
- Y el empirismo abstracto reeditado como paradigma de lo correcto y pensable.

No vamos a extendernos en el análisis a todas las preguntas implícitas en este cuestionamiento que remitirían a una discusión en profundidad sobre el sentido de la docencia en términos de filosofía de la educación. No es el objeto principal de este aporte al debate. Pero sí cabe derivar de tal razonamiento la constatación, a modo de hipótesis de trabajo, que hoy se impone una investigación administrativa, sometida, desequilibrada, instrumental, acrítica, inconsistente, banal, medida y replicada insustancialmente en función de la lógica de la absoluta irrelevancia. Hablamos, claro está, al menos desde las ciencias sociales, pero cabe observar que en campos como la medicina o la ingeniería esta colonización es anterior, más intensiva, llegando a abordar problemas de conocimiento insignificantes para dejar de lado otras cuestiones que los intereses creados de grandes emporios o el propio capital financiero eluden promover por su escaso retorno monetario.

Un diagnóstico crítico materialista de las condiciones de producción científica de la comunicología exige, en consecuencia con esta idea, la identificación prioritaria de nuevos ejes de discusión en la agenda política, empezando por asumir, de acuerdo con Laval y Dardot (2015), la idea motriz según la cual la revolución del siglo XXI pasa por construir una nueva política comunista, una propuesta articulada de economía de los bienes comunes, acorde al tiempo de la biopolítica contemporánea. Y en este proceso la comunicación es vital si la concebimos como ciencia aplicada de lo común (Sodré, 2014).

La razón de ser de la comunicación, en este nuevo marco de comprensión, pasa por partir del recono-

cimiento de los *lugares comunes* que nos vinculan y, de algún modo, también nos afectan, superando los muros simbólicos y las aduanas económico-culturales que nos mantienen aislados en una estéril diferencia conforme a las matrices culturales de Wall Street. La renuncia del pensamiento social a las utopías materialistas significa, a este respecto, el desplazamiento del campo de trabajo hacia el pancomunicacionismo, desde un discurso idealista que anula el potencial liberador del proceso de integración global del capitalismo, reproduciendo una falsa experiencia de la realidad, tal y como los personajes de Black Mirror experimentan en su naufragio vital, encerrados sin saberlo en el universo de la fatalidad. Tenemos pues por delante un arduo trabajo teórico y práctico de construcción colectiva de democracia cognitiva en el campo. Un comunicólogo de este tiempo debe ser militante de la filosofía materialista del encuentro y la alteridad, de la radical dialogía, participando siempre, en todo lugar y en todo momento, del necesario compromiso histórico más que como autor (siguiendo la estela kantiana y/o cartesiana) en calidad de intérprete o mero traductor de los signos de un tiempo-encrucijada en el que hay que ensayar para crear, imaginar para compartir y, siempre, sin renunciar a ello, pensar contra todo tiempo y marea, esto es, de forma intempestiva, la comunicación como espacio de construcción de lo común. Aquí y ahora.

Las páginas que siguen a continuación son un primer bosquejo exploratorio para aventurarse en esta hoja de ruta. Un esfuerzo que llega en un momento oportuno para pensar, desde la autonomía, la imagi-

nación comunicológica. Seguro que arrojan numerosas iluminaciones y, lo que es más importante, nuevas incertidumbres que nos hagan cambiar el mundo que habitamos. Y eso ya es mucho.





Carlos Ossandón  
Claudio Salinas  
Hans Stange

**La impostura crítica**  
Desventuras de la investigación  
en Comunicación



*¿En nombre de quién hablan hoy los intelectuales y los investigadores sociales? Al desbordar el orden de la explicación especializada en que se mueven aún, académicamente, las ciencias sociales, esas preguntas reclaman su reubicación en otro régimen del pensar, en el de la comprensión, único en el que adquiere sentido la pregunta: ¿de qué hablamos hoy cuando invocamos un pensar crítico? O dicho de otro modo: ¿cómo repensar las tradiciones de pensamiento desde las que pensamos?*

Jesús Martín Barbero (1998: 205)



## Introducción ¿El declive de los estudios críticos en comunicación?

Desde hace unos años nos preguntamos por la salud de los estudios críticos en comunicación. El libro *De los medios a las mediaciones* (1987) de Jesús Martín-Barbero constituye un importante punto de inflexión de la perspectiva crítica latinoamericana. Giro que reorganiza el debate de izquierdas en el ámbito comunicacional —dominado hasta ese momento por la crítica ideológica y la discusión sobre la relación entre los medios y las estructuras de poder y propiedad—, incorpora lecturas renovadoras acerca del papel de la cultura, la noción de hegemonía y las prácticas sociales —en línea con los desarrollos teóricos de los estudios culturales británicos— e introduce nuevos problemas en la reflexión comunicacional: la cultura popular, la identidad, las narrativas melodramáticas, etc. El mencionado libro reinserta la cuestión comunicacional en el seno de distintas escenas histórico-culturales en América Latina, apostando por una mirada interpretativa global, discurriendo por fuera, en consecuencia, de los límites de una racionalidad meramente técnica y de una teorización o aplicación básicamente positi-

vista (por su apego a los «hechos») o funcionalista (por su utilitarismo o apego al «orden»).

Como señala Raúl Fuentes, el texto de Martín-Barbero es, hasta el día de hoy, profusamente citado y utilizado como obra de referencia en artículos, tesis y bibliografías de cursos, al igual que el resto de las obras del autor, «siendo incorporados, si no a los debates, sí a los marcos de referencias de las prácticas de investigación» (Fuentes, 2017: 119). Autores como Renato Ortíz, Germán Rey, Guillermo Orozco y Néstor García Canclini se declaran deudores de la perspectiva de Martín-Barbero, al tiempo que, en un periodo de treinta años, la obra pareció volverse indispensable en la literatura y el pensamiento comunicacional latinoamericanos. Un texto reciente (De Moragas, Terrón y Rincón, 2017) conmemora las tres décadas que median desde la publicación del libro hasta el presente, reseñando sus orígenes, el plan de su escritura, su recepción, y valorando su lugar en la actualidad gracias a una gran cantidad de comentarios y entrevistas.

Sin embargo, este gesto loable e indispensable acontece en un contexto epocal en el que las perspectivas críticas, tan presentes en las bibliografías del campo y tan pertinaz en el léxico teórico, se han despotenciado en la investigación misma. Las transformaciones del campo de la comunicación parecen dirigirse nuevamente, y con instrumental renovado, hacia los *medios* (especialmente los nuevos medios digitales) y sus usos, y hacia unos enfoques presentistas, recurriendo a teorías de alcance medio que no logran pensar estos nuevos problemas y cambios tecnológicos en el

contexto de los procesos históricos de las sociedades latinoamericanas, una pretensión que es central en la perspectiva crítico-culturalista de Martín-Barbero. El renovado interés en el estudio de los efectos de los nuevos medios y en el desarrollo de investigaciones abocadas a resultados fundamentalmente empíricos, eficaces para la administración y control de las nuevas tecnologías comunicacionales, ha dejado poco espacio para las reflexiones lentas y de gran alcance como las que representa *De los medios a las mediaciones*.<sup>1</sup> Los propios editores del volumen conmemorativo reconocen que los nuestros son tiempos de informes de coyuntura y artículos de referencia, y no de grandes o cuestionadores planteamientos o ensayos.

¿Están acaso en declive las perspectivas críticas? ¿Sus aparatos teóricos y metodológicos han perdido capacidad para interpelar la realidad y también otros discursos de las humanidades o de las ciencias sociales? ¿Sus propuestas analíticas han renunciado a comprender las vicisitudes de las sociedades latinoamericanas? ¿Cuánto hay de «natural» *impostura* en unas perspectivas críticas que, en rigor, no parecen ser lo que declaran ser?

Jesús Martín-Barbero (2002: 455) insiste en que «investigar la comunicación se ha convertido en un 'lugar' estratégico de reimaginación del sentido y el

---

<sup>1</sup> Como señala Renato Ortiz (2017: 152): «*De los medios a las mediaciones* puede ser visto como un ensayo totalizador que se alimenta de la Sociología, la Antropología, la Historia, la Literatura, la Ciencia Política, en la que la comunicación constituye un objeto heurístico donde se entrelazan diferentes dimensiones de las sociedades latinoamericanas.»

alcance del pensar crítico tanto en su relación epistemológica como en su inserción política en nuestras sociedades». ¿Es posible que tal objetivo haya sido subsumido en la vorágine global que los recientes procesos del capitalismo cognitivo imponen a las academias en todo el mundo, también en América Latina? ¿Estamos delante de un cierto *consenso* —sin asunción crítica y política— en los objetivos o alcances más importantes de la investigación en comunicación? ¿Cuánto de este consenso anula los debates más determinantes sobre la significación y el sentido del campo de la comunicación en el presente?

En su comentario del libro de Martín-Barbero, Gabriel Kaplún (2017: 137) pondera el proceso de instalación de la perspectiva crítica en los centros de investigación universitarios, así como la progresiva migración de los investigadores desde un contexto de discusión política y activismo social hacia otro marco de actividad institucionalmente regulada por las lógicas de la productividad científica: «Tiempo después algunos de estos comunicadores populares entraron —entramos— en la vida académica, muchas veces compartida con la militancia social y política por una sociedad más justa y una comunicación más democrática.» Y se pregunta: «En ese camino ¿tal vez ganamos rigor científico pero perdimos potencia alternativa?»

Sin embargo, no es la (im)posible reposición de la perspectiva crítico-culturalista lo que mueve el libro que ahora publicamos. Es claro que esta perspectiva no tuvo la ambición de ser una teoría, y no es este el momento ni el lugar para levantar un balance crítico de sus aportes o de sus insuficiencias (aunque algo



de esto se insinúa brevemente en el primer y segundo capítulos, así como en el epílogo) a la luz de las transformaciones que experimentan hoy las subjetividades y los espacios político-públicos. Yendo más allá de sus dominios, aunque sin descartar algunos de sus ecos, lo que nos preocupa es algo más universal: tiene que ver con el decaimiento o la neutralización de unas maneras de interrogar la realidad y, con ello, de comprender las relaciones entre comunicación y sociedad. Hemos creído constatar aquí un declive que se hace principalmente patente en las prácticas de investigación del campo académico de la comunicación, y en sus alcances teóricos y políticos, situadas estas en un contexto institucional de producción científica cuyos marcos epistemológicos y aplicaciones se alejan de proyectos más advertidos de sí y de sus consecuencias. La descripción que hacemos, más allá de un asunto baladí, o que solo compete a quien investiga, corporiza, a nuestro juicio, una determinada *política de investigación*, que supone —como toda política— unas inclusiones y exclusiones, unos centros y unas periferias, unas maneras de valorar y de desvirtuar prácticas, en suma, una cierta forma de ver o modelar el mundo.

### *Plan del trabajo*

El tema principal de nuestro libro es, pues, el declive de las perspectivas críticas en las prácticas de investigación en comunicación, principalmente durante las últimas tres décadas. El libro intenta describir una situación que en buena medida desborda las derivas

de la crítica en sus diversas manifestaciones o planos, afectando más globalmente al propio campo de estudio. A partir de aquí, se discuten tres problemas que están en el centro del debate acerca del mencionado declive.

El primero son las prácticas de investigación del campo latinoamericano de estudios de la comunicación, las que son examinadas en términos de la coherencia entre los temas abordados, los marcos metodológicos a los que se recurre y los contextos teóricos en los que se inscriben las investigaciones.

El segundo es el debate epistemológico ofrecido por distintos investigadores del campo (en trabajos que podemos clasificar de «metainvestigaciones») acerca del lugar o papel que le cabe a las perspectivas críticas en la configuración del campo de estudio.

El último problema es el peso de los procesos de institucionalización académica en el campo de la comunicación, que obran, desde nuestra perspectiva, de manera positiva en el incremento de la productividad científica, pero a la vez inciden negativamente en la capacidad deconstrutora o de re-imaginación de las perspectivas críticas.

A través del análisis de cerca de 400 artículos publicados en seis revistas académicas de comunicación latinoamericanas de larga trayectoria (desde 1980 hasta 2013), el primer capítulo del volumen plantea que en las prácticas investigativas se confunden o entremezclan dos concepciones y procesos diferentes —y hasta excluyentes— de comunicación: por una parte, la perspectiva crítica en sus distintas versiones y, por otra, los enfoques positivistas en sus distintas aplica-

ciones. La historia de las prácticas de investigación del campo demuestra que ambas concepciones conviven, son intercambiadas y fundamentan trabajos eclécticos que, en una mirada longitudinal, exhiben tanto inconsistencias teórico-metodológicas como hibridaciones textuales. Este primer capítulo sugiere que son los procesos de institucionalización del campo en el mismo periodo, con sus exigencias productivistas y metodológicas, los que explican o dan sentido a lo que, en otra escena, no sería sino una ligereza epistemológica. Lo que se nos presentó fue, en efecto, un conjunto de estudios en los que dominan los temas y conceptos de la crítica, que se articulan con unos métodos y procedimientos de investigación positivistas (extraídos principalmente de la cantera sociológica), y donde la preocupación mayor es la validación *científica* de sus enunciados y procederes; validación que soterradamente establece una diferencia con otros estudios calificados de *políticos* (o peyorativamente de *ensayísticos*).

El segundo capítulo examina 17 artículos «meta-teóricos» que reconstruyen y relatan el estado y sobre todo la historia del campo. Se constata, en este caso, que la historia de las teorías de la comunicación, en contraste con lo que muestra el devenir de las prácticas investigativas, ofrece las más de las veces un relato medianamente coherente en el que le cabe a la perspectiva crítica el papel de una «etapa», matriz o enfoque del conjunto de las teorías comunicativas, con aportes distintivos y claramente diferenciados de otras perspectivas teóricas. Se indica que la razón por la que se levanta este relato del campo, que invisibiliza

la confusión de las prácticas investigativas, es la necesidad de inscribir la comunicación en el conjunto de las disciplinas académicas, para lo cual se recurre a dos procedimientos narrativos: primero, hacer un relato «moderno» de la historia de la comunicación, es decir, lineal y progresivo, en el cual las exclusiones y controversias epistemológicas son pulidas por lo que parecen ser los «desarrollos naturales» del campo de investigación; segundo, la afirmación —con más voluntad que raciocinio— de que el lugar de la comunicación está en las ciencias sociales, lo que permite asimilar los procedimientos de investigación del área a los que se consideran comúnmente válidos en estas disciplinas, resolviendo así de manera práctica y sin mayor problematización los problemas acerca de los objetivos, validaciones y enfoques teóricos de la investigación. Son precisamente las reducciones señaladas en estos dos capítulos las que dan cuerpo a unas *imposturas* o fingimientos que no habría que entender, no obstante, en un sentido moral.

El último capítulo del libro se pregunta por las consecuencias que tiene el hecho de que la institucionalización académica de los estudios de comunicación, con sus exigencias productivas y normativas, resuelva los dilemas que debieran darle al campo su forma y sentido. Serían las falencias del debate epistemológico —eludido por la mera afirmación de cientificidad de la disciplina— lo que tiene como correlato un conjunto de prácticas de investigación eclécticas y confusas, en las que las perspectivas críticas se apaciguan o se disuelven. Proponemos que la opción por sustituir la discusión epistemológica so-

bre la crítica y las prácticas de investigación por una solución administrativa implica cuatro «pérdidas» sensibles para los investigadores: primero, la pérdida de perspectiva histórica y epistemológica al momento de plantear problemas de investigación; segundo, la pérdida de la capacidad para insertar la investigación en marcos teóricos, políticos y epocales más amplios en los que encuentren su sentido y relevancia (como no sea el limitado ámbito de la transferencia tecnológica o la gestión público-privada); tercero, la pérdida progresiva de la comunidad discutidora, en virtud de la cual el campo podría reconocerse como un espacio de debates, controversias y aproximaciones teóricas, y no como mera acumulación atomizada de buenos artículos; por último, la pérdida de capacidad comprensiva de las teorías y prácticas de la comunicación, capaz de articular críticamente los resultados de las investigaciones del campo con los problemas que exceden su delimitación, pero tensionan su importancia.

El libro concluye con un epílogo y un posfacio que presentan un conjunto de reflexiones acerca de, principalmente, dos temas: la cientificidad de la investigación en comunicación y su administración institucional académica. Se plantean aquí algunos contrastes entre el crecimiento del campo —medido en términos de fondos, proyectos, publicaciones indexadas, etc.— y el efecto rutinizador que dicho crecimiento parece tener para las perspectivas críticas.

En última instancia, el libro pretende ser un alegato en favor de la convicción de que la crítica (conjugable siempre en plural) es una disposición epistemológica y

política particularmente saludable para los problemas de estudio, que permea las decisiones teóricas, metodológicas y también los resultados de las investigaciones. Ella exige, según nuestra opción, una mirada distanciada e historicista que coloque los fenómenos comunicacionales en el marco de procesos sociales más amplios, y propicie, así, tanto la incorporación como la confrontación de las tesis comunicacionales con los saberes de otras disciplinas. Tal disposición malamente puede ser reducida a un «marco teórico», a una «matriz» o a una «etapa» —superable, por lo tanto— de las teorías de la comunicación, como ha sido, de hecho, reducida en los últimos lustros.